

Preocupaciones de un filósofo en 2020

Decía el filósofo Wittgenstein, siempre original y agudo como la punta de un alfiler, que si tuviera que dar clases de ética a los alumnos les leería novelas donde aparecen grandes personajes, porque aquellos personajes aparentemente vulgares nos producen, sin embargo, emociones que van hasta el fondo de nuestro corazón. Piénsese en Dickens, en Shakespeare y su Romeo o, en la otra esquina, en Tolstói y en tantos más. Si nos ceñimos a unas páginas concretas, el impacto proviene no por su grandeza de exquisitos escritores, todo lo contrario; porque, ese es el secreto, allí aparecen personajes de toda condición: normales y raros, sencillos y vanidosos. Y es que si uno da una vuelta por la calle, encontrará gente saludando, otros discutiendo, los unos comprando, los otros vendiendo y todo en medio de un criterio cacofónico solo roto por algún bienvenido silencio que, como al leer un libro pausadamente, nos relaja, nos reconcilia con nosotros mismos, nos da ánimos para seguir leyendo. Hay ocasiones en las que la escena toma un color mucho más sombrío e incluso corremos, nos acercamos, nos alejamos o nos tambaleamos. Imaginemos por ejemplo que la escena que llena nuestros ojos es la de un crimen pasional. La primera reacción es una fortísima emoción, después surge un sentimiento que nos inclina a la compasión o a la indignación. Finalmente, sale de nuestra boca, todavía con dificultad para decir palabra alguna, un juicio sobre la maldad de tal acción.

Lo que hemos expuesto en el párrafo anterior es casi toda la ética. Pero no exageremos. Se trata de su armazón y faltan otros aspectos que son también esenciales para saber qué es eso que, a veces enfáticamente, sacando pecho, llamamos ética. Además, dejaríamos sin sueldo a muchos profesores y tampoco hay que ser tan malvados. Volvamos a la calle. Lo que allí contemplamos fue un conjunto de acciones. Y es que los humanos pensamos, que es algo teórico, y actuamos, que es algo práctico. Dentro de esta parte práctica se encuentra la ética y es el núcleo de la vida humana, lo más importante, donde nos hacemos artistas de nosotros mismos. Comencemos, por tanto, diciendo que la ética se muestra en las acciones. Pasear o flirtear no pertenece a su mundo, porque son acciones indiferentes. Es esta una distinción de importancia, porque la separa de las otras. Y es obvio. No es lo mismo dar un bocadillo a un hambriento que robar dinero al contribuyente. Esto último es valioso, lo anterior es pisotear un valor. A nadie le gusta que le digan que vale poco, lo que quiere decir que lo valioso se estima. Y se estima porque en el objeto o persona que valoramos encontramos aspectos que nos ayudan a vivir mejor, a estar en este mundo con más satisfacciones y placeres.

Actualmente, cuando se habla de valores, inmediatamente se piensa en la bolsa, un indicio de que nuestra sociedad ha coronado el dinero como lo supremo, aquello a lo que tendríamos que aspirar. El ser humano es el *Homo economicus*. Hay otro tipo de valores. Por ejemplo, Messi es valiosísimo jugando al fútbol, la Nebrenko cantando o Kasparov jugando al ajedrez. Todos son parciales porque tocan, y de manera admirable, un solo aspecto valioso de nuestra sociedad. Pero imaginemos ahora el crimen al que nos referimos al comienzo. Conviene que nos detengamos en ello, porque así entenderemos qué queremos decir cuando hablamos de ética, moral y bueno.

El fin último de nuestra vida en su totalidad y que mayor satisfacción puede darnos es la felicidad, palabra un tanto devaluada pero que guarda en su interior la idea de fecundidad. Más allá no podemos ir ni lo necesitamos. Lo que sucede es que el sujeto que a ella se dirige ha de ser responsable de sus actos y, por tanto, libre. Hoy son muchos los que niegan la libertad. Estaríamos en un engaño. El cerebro ha decidido y nosotros obedecemos creyendo, tontamente, que somos los que decidimos. Las espadas están en alto. Algunos, entre los que me encuentro, pensamos de manera esquizoide. Científicamente estamos determinados como lo está la piedra si cae de determinada altura, pero en mi vida cotidiana me portaré conmigo y con los demás de modo responsable. Si es una terrible paradoja, que venga Wittgenstein y nos salve.

Para llegar al fin o bien final, y nos los habíamos dejado como irrelevantes, están los medios, instrumentos o virtudes. Es el cómo para alcanzar el qué. Bien lo vio Aristóteles. Se trata de los medios sobre los que deliberamos. Y, así, llegamos a la bondad o deber, al fin. No son lo mismo, pero permítasenos afirmar que todo deber es bueno y viceversa. Uno más legítimo, el otro más individual. Pero tengamos cuidado con los medios, con el «cómo».

Es este el esqueleto de la ética o moral. Se suele utilizar los dos términos con etimologías distintas y, otras veces, al gusto o arbitrio de los filósofos, que suelen ser muy egocéntricos en el uso de las palabras. Por mi parte, llamaré ética a aquellos principios idealmente universales y que, si los rompiéramos, nos condenaríamos a no entender nada. Por ejemplo, torturar a un bebé por placer. Eso es la ética. La moral es mucho más permisiva. Por ejemplo, estar a favor o en contra de la eutanasia. En este caso y similares se discute, se argumenta científicamente y se vota. Y, finalmente, vienen las costumbres en cuanto tales y que cada uno elija las suyas. Yo, el fútbol.

Sucede que, en los últimos decenios, hemos avanzado tanto en el campo de las nuevas tecnologías que hemos pasado de la ficción a la realidad. El campo neotecnológico es inmenso. En una síntesis amplia habría que colocar nombres muy distintos, que recorren caminos también distintos, queriendo avanzar para lograr lo que hoy podríamos llamar la inmortalidad. No la inmortalidad, tal vez inalcanzable, pero sí muchísimos años más de vida con abundante calidad. María Blasco es más rotunda: no habríamos nacido para morir. Los criptoconservacionistas, los resurreccionistas, los inmortalitas, con diversas variantes, componen el conjunto de una novísima religión que no procedería de Dios alguno sino de los mismos hombres, de la evolución en marcha. Los avances en cuestión, que algunos dividen en humanismo, transhumanismo, pos-humanismo, compondrían otra especie: un superhombre. Al final, llegaríamos a lo que N. Brostrom ha bautizado con el nombre de singularidad y que podría estar lista, si antes no nos destruimos nosotros, rozando el 2050. La esencia humana sería radicalmente diferente. Y, como escribe Good, nuestras capacidades intelectuales serían inmensamente superiores a los pobres mortales de hoy. Minsky, Morederec o Kurzweil se lo creen. Y sus algoritmos rinden a tope. Brostrom duda. Y nosotros esperamos tanto el gran acontecimiento prometido como la desaparición del hambre y las enfermedades incurables.

La otra cara de la moneda es más oscura. Podría ser manipulada nuestra intimidad, discriminar la inteligencia y hacer que tres o cuatro grandes empresas dominaran el mundo. Todo un cambio sociopolítico que traería consigo otro mundo. Y si nos referimos concretamente al órgano de órganos, el cerebro, volvemos al noumeno de Kant, lo desconocido que es la base de la inteligencia, pero no la conocemos. O entramos en una exploración célula a célula, más allá del conectoma, que parece un intento más lejano que una de las nada cercanas. Tal vez la física subcuántica nos saque de dudas. Como los humanos en la calle o en los estadios, no estará de más que antes de acabar digamos algo sobre la ética que ahí habita, y con ella nosotros.

He ido sugiriendo lo que tendría que decir la ética a la inteligencia artificial, al menos. Ahora, añadiré brevemente lo siguiente. Lo primero que, valga la metáfora, un niño pervertido poca moral podrá enseñar a sus padres. Y un mundo injusto como este poco puede enseñar ni con libros ni con modelos de esperanza. Pero siempre hay hechos y gentes que guardan alguna pepita de oro en su corazón. Esos, con esfuerzo y con suerte, deberían ir enseñando a los singulares a crecer en conciencia moral, en el gozo de hacer el bien. Por otro lado, exigirían controles. No vale aquello de la metafísica del credo de que lo que no mata engorda. Mejoraríamos en estilo si adelgazáramos algo más. Y podremos mirar con más conciencia a nuestra conciencia. Eso se llama recursividad. Seamos recursivos.

Javier Sádaba

Filósofo y escritor

Cratedrático de Ética emérito

Universidad Autónoma de Madrid

Madrid